

no: vive de milagro y en el mejor de los mundos posibles: todo lo que gana se lo gasta alegremente con las coristas, con las tiples ó con los amigos, siempre rebotando buen humor y con un bolsillo que es una catarata del Níagara de pesetas.

Se le ocurre elogiar, v. gr., un tronco de caballos que ve en el paseo.

—¡Buen tanto es usted, que no lo compra!
—¿Yo?
—¡Con esos trimestres...!
—¡Bueno!

Va por la calle, y se le acerca un individuo sable en mano.

—Tome usted, hombre, tome usted... dice el pobre autor, dándole un duro disimuladamente.

—¡Claro! ¡No podía menos!—murmura el sablista lleno de gratitud.—¡Con los trimestres que cobra!

Es decir, que casi casi eres obligatorio que le afoje el duro. Más es: si no le da un céntimo, gruñe seguramente, volviéndole la espalda todo mohino.

—¡Qué tío! ¡qué asco! ¡Habría roñoso! ¡Ganando como gana el dinero á espaldas...!

Y lo más lamentable de todo esto es que el microbio, ó lo que sea, del trimestre, ha invadido más altas esferas, y crítico hay ya que ajusta su juicio á lo que él presume que gana el autor á quien va á juzgar. Si cobra poco el misero, templanza, bondad, dulzura, buenos modos... Pero como cobre un poco regular, el entrecejo del crítico parecerá una bizcochada y la crítica saldrá en armonía con el entrecejo...

¡Ay! El trimestre (que pronto será el mes, y esto va á meter en cuidado á muchos) también tiene sus espinas, señores míos...

A cuantos creen que las obras se escriben bromeando en el café con los camareros, y se ensayan entre chirigotas y pellicio limpio á las actrices guapas, y no hay luego más que salir á escena y recibir la caricia del aplauso y cobrar, y todo así, graciosa y desembarazadamente, sin ningún trabajo, desvelo ni amargura, se les podría decir aquel verso clásico:

Oh, quien así lo entiende, cuánto gerra!

Y á los que se figuran que todos los autores dramáticos no piensan al componer sus producciones más que en engordar el trimestre, como ellos dicen, y como si el trimestre fuera un cerdo que se dispone para la matanza, cualquier autor de los que piensan en algo más podría también añadirles:

*Esta nuestra misión, alta y divina,
á mayores acciones es llamada
y en más nobles objetos se termina.*

EL DIABLO COJUELO

Á ORILLAS DEL SPREE

Los pies grandes.

(Comedor reservado en «Kaiser Hotel». Grandes espejos. Divanes á lo largo de los muros. En uno de los ángulos un piano.—OLGA ROSENBERG y ENRIQUE KOLLMANN, ELENA LEIKNER y CARLOS KOSERITZ, ELISA SCHOEBEL y ERNESTO REICHENBACH, IDA HUTZLER y JORGE CAPELLI, fraternizan alegremente, sentados á la mesa. Están en los postres. Los ojos chispeantes y encandiladas mejillas de las jóvenes, las vehementes frases y enronquecidas gargantas de sus compañeros, revelan que el banquete ha sido abundante en libaciones y platos fuertes.—Empieza á anochecer. Un mozo da luz, sirve luego el Champagne y se retira. Otro sirve el café y sale rápidamente.)

C. KOSERITZ (poniéndose en pie y levantando su copa).—Queridos colegas, ha llegado el momento solemne. Apuremos de un trago y á nuestra salud nuestra primera copa. (Se ponen todos en pie levantando sus copas.) ¡Ninfas!, alegres sacerdotisas del Eterno Amor, ¡compañeros!, devotos sacerdotes de la Eterna Belleza... ¡prosit!

TODOS (á una voz).—¡Prosit! (Apuñan sus copas y se sientan todos, menos Reichenbach.)

E. REICHENBACH (con voz pastosa y monótona verbosidad).—¡Prosit! encantadoras Musas; prosit, queridos compañeros de letras; prosit... Pero no olvidemos á la ardiente Italia, representada aquí por nuestro afamado colega Jorge Capelli; invoquemos también á la gran Germania, á la robusta y omnipotente Germania... Brindemos, queridos camaradas, por Italia y Germania unidas, levantándose sobre las ruinas de la Francia corrompida y decadente...

J. CAPELLI.—Protesto de la última frase. Brindemos, queridos compañeros, por Germania é Italia unidas á la Francia inmortal... ¡Brindemos por la pronta y absoluta desaparición de los pies grandes! (Pausa. Los que le escuchan se miran unos á otros con extrañeza.)

E. KOLLMANN.—No he comprendido...

C. KOSERITZ.—Yo tampoco.

E. REICHENBACH.—Pido la palabra para una alusión personal.

J. CAPELLI.—¡No!, no aludo á los formidables pies del amigo Reichenbach, ni á los de ninguno de mis colegas... Y estas damas supongo que no se darán por aludidas (callan todas), porque unos pies femeninos, aun siendo grandes, no dejarán nunca de ser bellos... No, no aludo á nadie; no hago más que protestar contra las palabras: «Francia corrompida y decadente...»

E. KOLLMANN.—Que se explique.

J. CAPELLI.—Lo haré. Pero antes necesito cerciorarme de que no estoy en un círculo de patriotas, sino entre artistas, campeones del arte eterno y cosmopolita... (Movimiento de asentimiento.) En cuanto á nuestras queridas amigas, ya sé que opinan del mismo modo, pues para el amor no hay razas ni fronteras... (Risas.) Pues bien, no me explico las palabras del amigo Reichenbach: «Francia corrompida y decadente...» ¿En qué es Francia decadente?

E. REICHENBACH.—En arte...

C. KOSERITZ.—La raza...

E. KOLLMANN.—Las costumbres...

C. KOSERITZ.—La población que decrece...

E. KOLLMANN.—París...

E. REICHENBACH.—Baudelair, Verlain...

J. CAPELLI.—¡Alto!... Veamos. ¿En arte? ¿Baudelair, Verlain... «decadentes»?... Sí, pero eso no pasa de ser el nombre de una tendencia literaria; eso no es la decadencia de un país... ¿La prueba? Aquí la tenemos: la próspera, la floreciente y robusta Alemania tiene también sus decadentes, y no tan originales como los de la vecina república.

E. REICHENBACH.—¡Eso es verdad! Eso no de nuestra que nuestro país sea un país decadente.

J. CAPELLI (continuando).—¿Las costumbres? ¿París?... ¿Pero qué hay en París, mis queridos compa-

ñeros, que no haya en Berlín? En Berlín hay unos cuantos miles de habitantes menos y un poco más de hipocresía. Eso es todo. ¿Qué se encuentra en un boulevard parisiense que no se encuentre en Unter den Linden ó en Friedrichstrasse...? ¡Las costumbres! Los mozos de este hotel, los de los demás hoteles de Berlín nos dirán lo que son aquí las costumbres... (á Kollmann). ¡Llamamos al mozo?

E. KOLLMANN.—No hace falta, estamos enterados.

J. CAPELLI.—Y en cuanto á la población que decrece... Cierto que Alemania no está aún en ese caso; pero los síntomas de que ese caso llegará muy pronto, saltan á la vista... Los comerciantes é industriales alemanes son muy buenos propagandistas de sus artículos, de sus específicos... (á Koseritz). ¿Nos damos una vuelta por Berlín?... ¿vamos de compras?...

C. KOSERITZ.—Gracias. (Risas.)

J. CAPELLI.—Y el mal, localizado hoy en las grandes ciudades de Alemania, aunque no tanto como se cree, cundirá rápidamente: el carácter germánico, más calculador que otro alguno, es terreno muy á propósito... ¡La raza!, ¡las costumbres!... Démonos un paseo al través de los alegres «restaurants» de vuestra gran ciudad... ¿Y cuántas academias de baile hay en Berlín? ¿Una en cada esquina?... Pero ¿á qué cansarme? Cedo la palabra á nuestras encantadoras Pazminis...

OLGA.—Eso sí que no lo entiendo yo.

IDA.—¿Qué nos ha llamado?

ELSA.—Se prohíbe poner motes.

J. CAPELLI.—No es mote, querida, es un título profesional... Consultad á vuestros respectivos caballeros.

(Se hablan todos al oído. Olga y Elena rien por lo bajo. Elsa se levanta y abandona con gesto indignado á Reichenbach, que prorrumpie en estrepitosa carcajada.)

J. CAPELLI.—Y esto no es hablar mal de Alemania; esto es decir que nosotros que nos las damos de espíritus superiores, no debemos dejarnos sorprender por las voces de alarma de los moralistas al uso... También Londres tiene sus vicios y sus decadentes, y si vamos á Italia...

C. KOSERITZ.—Pero ¿y el dinero?

E. KOLLMANN.—¿Y nuestro ejército?

J. CAPELLI.—¡Pero mi querido Koseritz! ¿Es que usted, por no ser un capitalista se reconoce como espíritu decadente, como un ser inferior al cerveteiro de la esquina? Y usted, mi querido Kollmann, ¿se considera usted decadente si el cargador que le lleva á usted el baúl le hunde el cráneo de un puñetazo?... (Sensación.) Y con esto hemos venido á dar en lo de los pies grandes.

E. REICHENBACH.—Sí, que se aclare ese punto...

J. CAPELLI.—Sí, mis queridos colegas, el hombre rudo é inculto del campo suele tener grandes y anchos pies, dilatado pecho y redonda cabeza. Eso es el mejor soldado, porque es el más robusto, é el más inconsciente. Ese es hoy el pueblo alemán, á pesar de su rápida y prodigiosa cultura. Pero su rápido progreso, que con ser tan grande no ha podido transformar de un golpe toda una raza, es una garantía de que ese pueblo llegará muy pronto á la madurez... El alemán ha luchado y vencido primero; ahora trabaja y se enriquece; mañana, hoy ya tal vez, querrá gozar sus triunfos y su dinero, y entonces el atleta del bosque será el hombre moderno, culto y refinado; su cerebro se ensanchará, se afinarán sus miembros, los enormes pies no lo serán ya, no harán temblar la tierra bajo su peso... Francia ha tenido también sus pies grandes; Italia, España, los han tenido también á su tiempo... La Gran Bretaña los tiene aún... Unos enormes y grotescos pies asoman actualmente al otro lado del Atlántico... Otros grandes pies, que hoy se mantienen quietos en el oriente de Europa, hollarán mañana vencedores vuestro propio suelo...

C. KOSERITZ.—Pero ¿quién negará que las razas meridionales decaen visiblemente?...

J. CAPELLI.—Las razas meridionales, acariaciadas por un sol espléndido y ardiente, han madurado antes que la vuestra, han dado su fruto y descansan de su prodigiosa labor de tantos siglos... Pero el árbol está en pie, sus vigorosas raíces abarcan el mundo, están fraternalmente enlazadas á las de vuestro imperio triunfante, en vuestras costumbres, en vuestras ciencias y artes, en vuestra literatura... Y apelo á vuestro testimonio de hombres de letras. ¿Cómo nombrar á Schiller sin pensar en Calderón? ¿Cómo recordar á Goethe sin volver los ojos á Grecia y Roma? ¿Cómo invocar á Heine sin que suene en nuestros oídos el nombre de Francia? Y nosotros mismos, mis nobles camaradas, ¿no tenéis en vuestros labios, en los puntos de vuestras plumas, un nombre inmortal, el del gran Zola?... ¡Sí! Brindemos, queridos colegas, mis alegres camaradas, brindemos por el pronto triunfo de las ideas, por el inmediato imperio de los espíritus, por la rápida y absoluta desaparición de los pies grandes!...

(Se ponen todos en pie y chocan sus copas gravemente.)

ELSA (impaciente).—¡Ea! Esto empieza á hacerse aburrido. ¡Basta de discursos! ¡á bailar! (Se sienta al piano y toca un galop.)

C. REICHENBACH.—¡Cierto!, basta de debates académicos; el amigo Capelli tiene razón: ¡debates las ideas! ¡á bailar! ¡guerra á los pies grandes! (Empieza á bailar un can-can desahogado.)

(IDA y KOLLMANN le imitan. OLGA y ELENA caen abrazadas sobre un diván, lanzando alegres risotadas. KOSERITZ y CAPELLI vuelven á llenar sus copas.)

C. KOSERITZ (á CAPELLI).—¡Prosit! querido colega...

J. CAPELLI.—¡Prosit! (Beben.)

EMILIO FERNÁNDEZ-VAAMONDE

Berlín, 17, XII, 99.

El canto del poeta.

Volad ninfas ligeras, su sueño deleitoso dejad que entusiasmado contemple á mi sabor, y vuestros aéreos mantos, de velo vaporoso, agiten dulcemente el aire en derredor.

Miradla cómo duerme; su faz tranquila encanta; su tallo es más esbelto que el de una hurf de Alhambra, y el brillo nacarado, que irradia su garganta, al azulado cielo sus resplandores da.

Feliz quien á su lado contemple sus hechizos, en sus divinos ojos aprisionado esté, entre sus dedos coja sus delicados rizos, y oiga en sus finos labios protestas de su fe.

Vedla dormir tranquila; el césped la rodea, los árboles celosos tupidamente dan, y el ruseño gozoso sus mil cantos gorgoja mientras susurra el aura con amoroso afaín.

Todo en redor sonríe; la fuente cristalina

parece que murmura sonatas de su amor, parece que hasta el cielo sus impetus domina y en pleno Agosto entibia sus haces de calor.

Errante peregrino, cantor de mis amores, de tierra en tierra marchó, camino sin cesar; entono mis endechas entre árboles y flores y vivo como el ave, cantando por cantar.

Yo he visto de las flores sus tintes ideales, he visto de los lagos su transparencia azul, los bosques me han mostrado grandezas colosales, y he visto las ignotas bellezas de Stambul; mas nada son las flores, los lagos transparentes, el bosque más umbrío, la villa más gentil, al lado de esa cara de labios sonrientes, de cutis sonrosado y dientes de marfil.

Dejadme ver su sueño, dejad que la contemple mientras errante siempre dispóngome á marchar, y que mis cantos sean arrullos con que temple la vibración del aire, la irradiación solar.

Mi sino es alejarme, dejar los verdes prados, correr toda la tierra en su extensión sin fin, y hacer oír mi lira sus cantos arrancados al llanto y á la risa del mundanal festín.

Así gozo mirando los bosques que otro goza, los lagos que otro sueca, la inalcanzable flor, las villas de oro y plata, la campesina choza, el agua que refresca, el envanecido amor...

Todo lo miro triste, mi lira lo recoge y en cantos de poeta lo vuelve á derramar; y ni el amor me llama, ni la ciudad me acoge, ni el bosque me cobija, ni me adormece el mar.

¡Destino cruel y triste! Placeres mil yo canto mientras mi pecho amarga la desventura cruel y oculta mi tristeza y esconde amargo llanto del fausto y la alegría el mágico oropel.

Duerme, adorable niña; mi trova no despierte tu sueño de ventura que alegre pasará, y tu semblante guardo sin que á explicar acierte, como en ti siendo efímero, eterno en mí será.

En mí no se marchitan las flores que contemplo, ni tu belleza nunca jamás olvidaré, de adoración mi pecho será constante templo y en él tu bella imagen yo siempre guardaré.

Adiós, duerme serena; los velos de las ninfas dulces áuras comuevan á refrescar tu tez; del lago se evaporen sus transparentes linfas y formen blanca nube, aureola á tu esbeltez.

Duerme, duerme soñando; mi canto no desvelé tu sueño de inocencia, de amor y de placer; que mientras vago errante donde el azar me impele, tu hermosura mi lira en canto ha de verte.

Adiós, duerme tranquila; el aura te acaricie, los pájaros te canten sonatas de su amor, mientras me marchó huyendo del goce y la molición jeterno vagabundo, eterno trovador!

JOSÉ DE LAUGI

EPITAFIO DE UNA JOVEN

DE RUNEBERG, POETA SUECO

La joven acaba de ver á su amante y trae las manos encarnadas. Su madre le dice: «Hija mía, ¿por qué tienes las manos tan encarnadas?»—«Madre, he estado cogiendo rosas, y me he punzado con las espinas.»—Otro día vio á su amante y volvió con los labios encarnados. Su madre le dijo: «Por qué tienes los labios encarnados?»—«Madre, he estado cogiendo truta por los matorrates, y con el rigo se han punzado encarnados.»—Otra vez vio á su amante y volvió con el rostro pálido. Su madre le dijo: «Hija mía, ¿por qué estás tan pálida?»—«Ay! madre mía, haz que me abran la sepultura, que me entierren pronto, y pon sobre mi tumba una cruz con estas palabras: «Un día vino con las manos encarnadas porque su amante las había estrechado entre las suyas; otro día vino con los labios encarnados, porque su amante los había cubierto de besos; una tarde, por fin, vino con el rostro pálido, porque su amante la había engañado.»

Traducción de AUGUSTO FERRÁN

MUNDOS Y PLANETAS

FANTASÍA

Dícese que consta en los más antiguos manuscritos, y cuentan las más rancias tradiciones como verdad inquestionable, que bajo esa capa azul de cielo que nos envuelve no vivimos sólo nosotros, miseros habitantes de la tierra, sino que existen otras tierras y otros habitantes, que viven una vida tan varia y tan distinta que, si todos estos mundos se reunieran en uno solo, la vida en él sería imposible volveríamos al caos, y el mundo perecería por ser imposible la coexistencia de tantos seres de tan distintas procedencias.

Hay un mundo grande, inmenso, luminoso, que nos dá la luz y el calor, que nos alumbrá y alumbra á nuestros hermanos de otros mundos. Los habitantes de él son negros, como conciencias de piratas, y solamente las vírgenes mantenedoras del fuego que mana de su superficie, son blancas y con cabellos tan rubios y tan abundantes que, cuando su luz nos alumbrá, llegan hasta la tierra, y entonces bendicimos al Sol, que nos conforta y nos dá la vida, pues no otra cosa son sus rayos que los propios cabellos de las vírgenes, viniendo á nosotros suaves, tibios, impalpables... rubios.

Hay otro mundo en el que todos son reyes y príncipes poderosos, todos magnates y grandes señores; allí no hay súbditos ni gobernados: la plebe no existe, todos dictan leyes y todos acatan las leyes de los demás; ni hay clases, ni razas, ni jueces, ni leyes, y ni se altera el orden ni sufre perturbación la vida; de aquí su inmensa superioridad sobre nosotros.

Nuestros sabios conocen perfectamente un tercero que está rodeado de círculos que le abrazan, le estrechan, le oprimen y le roban la vida eternizándolo; en su contorno jamás se pone el Sol, no hay sucesión de días ni de noches, el mundo está encerrado entre los anillos del dolor que hacen los días angustiosos y eternos. ¡Ay de sus habitantes! Inspirándose en él, los romanos, sublimes deificadores de las pasiones humanas, representaban el tiempo por un dios, alimentándose de sus propios hijos, pues en él la descendencia no existe. Los romanos expresaban el tiempo negativo, representando de esta manera la idea de día y noche; y digo negativo, porque no deja de ser original representar la idea del

tranceurso de la vida, ó lo que es lo mismo, el tiempo, negando la sucesión y haciendo desaparecer la descendencia, revertiendo al progenitor la vida de sus hijos.

En el que sigue á éste, el amor es la vida, la libertad amorosa completa, su práctica una virtud, la diosa una mujer, la vida material la vida única. El talento, la ciencia y el progreso no existen; el amor no adelanta, ni se solicita, ni se piensa; nace espontáneo, y cuantos allí viven están seguros de obtenerle, pues no se veda á nadie, y quien no es digno de amor no entra allí jamás... ¡Sólo el amor vive!

Existe también el pueblo guerrero é indestructible: la guerra es en él eterna é imposible la destrucción; la guerra por la guerra, sin el canto de la victoria hace á los seres feroces é invencibles, pues frente á uno fortísimo surge otro más fuerte, y la lucha jamás se decide y la victoria nunca llega, por no existir la muerte para el vencido. La sangre que tinte de rojo su suelo dá la vida á sus habitantes, y allí donde debiera reinar la muerte, la muerte es desconocida.

¡Guerra sin victoria y sin tregua! ¡Esta es la eternidad más terrible!

Lejos, muy lejos de este pueblo vive su antitético; todo en él tiene los verdes matices de la esperanza, la calma y la paz son su norma, las aguas que le cubren, tranquilas como las de un lago.

Bien está que se encuentre tan lejos del otro, pues no siendo así, la pena en aquél sería aún más terrible.

El desgraciado que desconoce la felicidad, no padece la mayor desgracia; tiene con su dolor la dicha de ignorar que existe la ventura. Llorá, pero no sabe que hay alegrías y sus lágrimas no son nunca tan amargas como las de aquel que conoce el bien sin haberle jamás poseído.

Las aguas, decíamos, han invadido su superficie, y en su fondo la vida se desliza plácidamente y sin la menor alteración. En su seno existen cabidades inmensas, más de lo suficientemente grandes para que en su interior se alojen los seres que las pueblan. Allí no hay luchas, ni envidias, ni ambiciones; la libertad es universalmente respetada y no existe más poder que el de la hermosura. Una perla es el emblema del mundo de que hablamos; centro de las miradas de sus habitantes, orgullo y gala de cuanto la rodea, las rocas le han labrado su concha, las plantas le han dado su frescura y las aguas su transparencia, su color la espuma de las olas, y hasta el sol ha enviado hacia ella sus rayos, cediéndola su luz, su brillo, su pureza y los reflejos de sus colores. Tal es la ventura en el mundo por ella habitado, que desprendido en cierta ocasión y caído en él un trozo ensangrentado del mundo de la guerra, quedó convertido en un árbol de coral hermosísimo, si, pero conservando siempre en su seno el color rojo de su procedencia de guerra y sangre.

Finalmente, como compendio y síntesis, y participando de algo de todos ellos, existe otro mundo en el que hay luz y sombra, los días y las noches se suceden invariablemente, los rayos vivificadores del sol alternan con las sombras de la noche. El tiempo corre lento para la desgracia, rápido para el placer. La guerra siempre ha existido ó casi siempre, pues la paz octaviana sólo una vez en él ha sido conocida.

La ambición, las pasiones, los rencores y las luchas, todo lo gobiernan, ó por mejor decir, lo tuercen todo. El grande finge proteger al pequeño contra el mediano, para después absorberle y hacerle desaparecer. El único consuelo del vencido es que ya vencerán otros á aquel que á él le venciera.

Todas las desdichas en este mundo se encontraban reunidas, las felicidades eran en él rarísimas. El hombre viviendo aislado y solo encontraba la vida despreciable, y deseaba la muerte.

Pero, no; que entre los albores de una mañana y la calma de una noche, entre la espuma de las aguas y los perfumes de las flores, después de una eternidad de angustia, vino un instante de felicidad.

La perla de los mares abrió en él las valvas de su concha y nació para el mundo la mujer, trayendo la luz del sol en sus cabellos y la sombra de la noche en sus ojos; la blancura de la perla en su boca, y la sangre del coral en sus labios; convidando al amor, excitaba al hombre para que cifrase su felicidad en la posesión de aquella boca; pero á la vez la guardaba dentro de unos labios rojos, con el rojo del mundo de la guerra, para defenderla en una lucha de risas y besos, en la que terció el hombre con más besos y más risas aun, con palabras y promesas, con la boca y el corazón, hasta conseguir la conquista de una y otra.

Esta no la logra el más fuerte, sino que la suplica y la ruega para, una vez obtenida, celebrarla unidos y cantarla con más besos, más promesas y más risas.

¡Ay del desgraciado á quien se le niegue el triunfo! ¡Ay del que pretenda obtenerle por la fuerza! ¡Ay de aquel otro que, obteniéndola sin lucha, no pueda entonar jamás, abrazado á su amada, el cántico de la victoria del amor!

LUIS DE GOROSTIZAGA

UN NUEVO LIBRO DE BLASCO IBÁÑEZ

El celebrado autor de *La barraca* acaba de publicar un libro de cuentos, titulado *La condenada*, que es como se titula también el que principia el tomo. Grande es el renombre literario que en poco tiempo ha alcanzado el escritor valenciano, pero nada más legítimo y nada más justo también que, por todos los amantes de las letras, se coloque el nombre de D. Vicente Blasco Ibáñez al lado de los más ilustres literatos de nuestros días, y sus obras han de ocupar en toda selecta biblioteca el estante de los libros favoritos.

El cuento, tal como hoy se entiende y se exige en el mundo del arte, es indudablemente la creación literaria de más difícil realización.

Hoy el cuentista no puede limitarse á narrar consejos ó sucesidos con mejor ó peor estilo; hoy es preciso que haga pensar y sentir al refinado lector, y que en seis ó siete páginas dé, concentrado, pero bien hecho, lo que pudiera ser asunto para desarrollarse en novela más que mediana.

Pocos son los que realizan empresa tan difícil; pero quien lo consigue pasa, como le sucedió á Guy de Maupassant con su célebre cuento *Boule de suif*, á figurar definitivamente entre los maestros.